



El Obispo de Zamora

Junio de 2007

SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI – DÍA DE CARIDAD

CARTA PASTORAL DEL OBISPO DE ZAMORA

Mis queridos hermanos en el Señor:

Nuevamente me dirijo a todos vosotros con ocasión de otra jornada para toda la comunidad cristiana, el día del Corpus Christi, el día de la Caridad.

Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos (Jn 15, 13). Así nos ha amado el Señor. Él dio su vida por nosotros, por nuestro amor, de una vez para siempre con su entrega en la Cruz. En el misterio de la Eucaristía nos ha dejado el memorial de esa entrega, la prueba permanente de su amor; por eso este gran Sacramento ha sido llamado, con razón, el Sacramento del Amor. Al celebrar la fiesta de la Eucaristía, el día del Corpus Christi, los cristianos celebramos la fiesta del Amor. Del Amor de Dios manifestado en Cristo, del Amor que es fiel hasta el extremo.

Pero no celebraríamos con verdad esta fiesta del amor cristiano si no recordáramos también otra dimensión: *Mi mandamiento es éste: amaos unos a otros como yo os he amado* (Jn 15, 12). El Amor de Dios se prolonga y manifiesta en nuestro amor. El mandamiento nuevo resume la vida y la enseñanza de Cristo, por eso el día de la Eucaristía es – no podía ser de otra manera – el día de la Caridad.

El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es, ante todo, una tarea para cada cristiano, pero lo es también para toda la comunidad eclesial. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. Y ese amor ha de ser concreto, visible, por eso, necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado (Cf. *Deus caritas est*, n. 20). La organización que de forma privilegiada pone en práctica el amor de la comunidad eclesial en la vida de nuestra Diócesis es, bien lo sabéis, Cáritas.

Permitidme que al hablaros de Cáritas comience dando gracias a Dios. ¡Son tantas las personas y los gestos, las obras y las acciones, pequeñas y grandes, ocultas y visibles, que hacen en la vida de nuestra Diócesis se haga efectivo y preciso el amor de la comunidad eclesial! Y no cualquier amor, sino precisamente el amor a la manera de Dios, es decir, el amor preferencial a los más pobres, a los excluidos, a los que no cuentan para nadie. Ese amor concreto y palpable fecunda la vida de nuestra Iglesia y hace que lo que anunciamos y celebramos sea creíble, *pues por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán que sois discípulos míos* (Jn 13, 35).

Al mismo tiempo que agradezco a Dios y os agradezco este caudal de caridad que nace de la vida de nuestras comunidades cristianas, deseo, también compartir con vosotros algunas breves consideraciones.

Cáritas es el cauce organizado del amor de la Iglesia a los más necesitados. No es una opción más, ni algo de lo que podamos prescindir. Nace de nuestro mismo ser y misión como Iglesia. No seríamos la Iglesia de Jesucristo si no expresáramos como Él, un amor preferencial por aquellos que están especialmente necesitados de ese amor.

Bien sabéis que Cáritas no es una empresa de beneficencia, ni una organización no gubernamental sin ánimo de lucro, ni mucho menos una institución de suplencia social. Cáritas es la institución de la Iglesia para expresar y realizar el amor de Dios a los más pobres y excluidos del mundo. Esta identidad cristiana y eclesial es la que siempre debe distinguir y orientar sus objetivos, proyectos y medios, así como a quienes trabajan y colaboran con ella.

Este servicio organizado de la Caridad que brota de la Eucaristía y es acción evangelizadora, debe estar presente en toda comunidad cristiana. Puede organizarse en cada parroquia o en cada Unidad de Acción Pastoral, pero si no existiera este cauce será tan preocupante como si no celebrásemos la Eucaristía el domingo o no nos preocupásemos de anunciar el Evangelio.

Para que este servicio sea posible debemos promover y cuidar con esmero a los voluntarios. Cáritas, aunque necesita de profesionales cualificados y competentes que, como todo obrero, merecen su salario, fundamentalmente está constituida por un entramado de voluntarios. La gratuidad es un componente esencial que hace de todos aquellos que entregan parte de su vida y de su tiempo a Cáritas en nuestras comunidades, una luz permanente que ilumina una manera de entender la vida, tal y como la recibimos de Dios, sin pedir nada a cambio.

Este cuidado y atención a los voluntarios exige ofrecerles formación adecuada y el acompañamiento espiritual necesario para responder a la vocación de servicio a la que han sido llamados, pues la buena voluntad, necesaria como punto de partida, no es suficiente para realizar adecuadamente aquello que deseamos hacer de la mejor forma posible.

Queridos hermanos, cada vez que celebramos la Eucaristía anunciamos la muerte y resurrección del Señor, hasta que Él vuelva, y con ese anuncio proclamamos que el Amor de Dios ha hecho de nosotros un pueblo de hermanos. Esa fraternidad no nos dejará vivir tranquilos mientras haya entre nosotros alguien que sufra, alguien que necesite una mano abierta y tendida. La jornada de la Caridad es, siempre una invitación a todos los cristianos a una vida conforme con el Evangelio: vida austera, sobria en el consumir y generosa en el compartir, no sólo de aquello que nos sobra sino también de lo necesario.

Para terminar, nada más apropiado que retener en nuestra memoria lo que nos señalaba recientemente el Papa Benedicto XVI: *“Sobre todo, la Iglesia desea compartir una visión de la dignidad humana que es el centro de toda auténtica caridad. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita”* (Deus caritas est, n. 18).

En el poco tiempo que llevo entre vosotros he podido saber ya, sobradamente, de vuestra generosidad. Espero, por tanto que esta invitación también siga encontrando eco en vuestro corazón.

Con mi afecto y bendición.

✠ Gregorio Martínez Sacristán
Obispo de Zamora